

MAGNUS MACFARLANE-BARROW

# EL COBERTIZO QUE ALIMENTÓ A UN MILLÓN DE NIÑOS



la EXTRAORDINARIA HISTORIA de  
MARY'S MEALS

Planeta

# EL COBERTIZO QUE ALIMENTÓ A UN MILLÓN DE NIÑOS

La extraordinaria historia  
de Mary's Meals

MAGNUS MACFARLANE-BARROW

Traducción de Román Fabra Rivière

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Shed That Fed a Million Children*

Colección: PLANETA TESTIMONIO

© Mary's Meals International Organisation, 2015

© de la traducción, Román Fabra, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© de las ilustraciones del interior, Mary's Meals International Organisation, 2015

Primera edición: enero de 2017

Depósito legal: B. 24.352-2016

ISBN: 978-84-08-16516-3

Preimpresión: Víctor Igual, S. L.

Impresión: Black Print

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado **como papel ecológico**

## Índice

<i>Prólogo</i>	11
1. Clases de conducir en una zona de guerra	19
2. Una mujer vestida de sol	43
3. Pequeños actos de amor	59
4. ¡Sufrid, pequeños niños!	81
5. Hacia África	103
6. Una tierra de hambruna	123
7. Un tazón de papilla de cereales	149
8. Un accidentado camino hacia la paz	173
9. En la ciudad de Tinsel	197
10. Llegar a los parias	221
11. Amigos en las alturas	243
12. Amigos en los bajos fondos	265
13. Generación esperanza	291
<i>Epílogo</i>	311
<i>Agradecimientos</i>	317

## Capítulo 1

### Clases de conducir en una zona de guerra

Sed humildes los que estáis hechos de estiércol.  
Sed nobles los que estáis hechos de estrellas.

PROVERBIO SERBIO

Sabíamos que los hombres que escupían muerte desde lo alto de las montañas que dominan la ciudad solían dormir sus borracheras por la mañana. Por esa razón nos pusimos en camino temprano, confiando en que podríamos entrar y salir de Mostar antes de que las pesadas armas reiniciaran su despiadada tarea de hacer trizas los hogares, iglesias, mezquitas, vehículos y habitantes de la ciudad. Detrás de mí, en esta última parte de nuestro viaje de cuatro días desde Escocia, se apretujaban en los asientos para pasajeros el padre Eddie, un bajito y rechoncho sacerdote de mediana edad, y Julie, una espigada y bonita joven enfermera. Los tres nos habíamos hecho buenos amigos durante los últimos días. Dos noches antes, estacionados junto a una gasolinera en Eslovenia, habíamos mantenido una larga conversación durante la noche. El padre Eddie nos sorprendió e inquietó un poco

al explicar que antes de dejar Escocia tuvo la premonición de que nunca regresaría a casa, por lo que había dado la mayoría de sus posesiones a sus feligreses. Luego Julie nos contó que, unos meses atrás, se había despertado en mitad de la noche sintiendo que Dios le estaba pidiendo que dejara su trabajo para ayudar a la gente de Bosnia-Herzegovina. Su historia me conmovió por su profunda fe y porque se parecía mucho a la mía. Cuando me telefoneó por primera vez para pedirme que la llevara hasta allí, me sentí un poco avergonzado de no haber mostrado demasiado entusiasmo con la idea. Para entonces ya estaba muy contento de que ella me hubiera convencido.

Mientras atravesábamos el duro paisaje de rocas dentadas y espinosos arbustos de Bosnia, rezamos un rosario juntos y, luego, charlamos un poco nerviosos mientras me concentraba en la estrecha y retorcida carretera. Pronto empezamos a pasar por lo que quedaba de los hogares de la gente. Algunos habían sido reducidos a escombros, mientras que aquellos que todavía estaban en pie se habían convertido en armazones quemados y acribillados a disparos. Condujimos en silencio. La carretera empezó a serpentear montaña abajo y Mostar apareció a nuestros pies, extendiéndose a lo largo del Neretva, el famoso río que se ha descrito con frecuencia como la línea divisoria entre las culturas de Oriente y Occidente, y que entonces constituía el frente entre las fuerzas serbias y croatas y el territorio musulmán que estábamos atravesando. Los minaretes de las mezquitas eran visibles en el casco antiguo otomano y, por un momento, pensé en mi primera visita a esta ciudad, muchos años atrás, durante la cual habíamos curioseado por los pequeños puestos callejeros junto al río y contemplado el valor de los jóvenes que saltaban desde el famoso puente Stari Most a las impetuosas y verdes aguas del torrente. Bajando hacia la

ciudad nos detuvieron en un puesto de control los soldados del HVO (Ejército Bosnio Croata). Un hombre delgado, con su ametralladora al hombro y un cigarrillo en la comisura de los labios, se acercó a mi ventana abierta, mirándonos con el gesto serio e impregnando nuestra cabina con su aliento a coñac. Sin sonreír, tendió la mano y le entregamos nuestros pasaportes y los documentos oficiales para el equipo médico que llevábamos en la parte trasera del camión. La entrega de ese equipo era la razón de nuestro viaje y, ahora, a un kilómetro de distancia, en las laderas de la ciudad a nuestros pies, se veía el hospital general de Mostar, nuestro destino final. Era fácilmente reconocible. Nos quedamos mirando al edificio moderno, limpio y alto que se elevaba por encima de las casas de los alrededores. Incluso a esa distancia podíamos ver que un obús había provocado un enorme agujero en un lado. El soldado nos hizo la señal de avanzar, por lo que nos movimos con cuidado a través de calles de metales retorcidos, fragmentos de vidrio, montones de escombros, coches quemados, asfalto destrozado y grafitis llenos de odio. Entramos en los terrenos del hospital. Varios camiones refrigerados estaban aparcados con sus motores en marcha: provisionales depósitos de cadáveres para una ciudad que hacía mucho que ya no tenía sitio para sus muertos. Bajo el dosel de la puerta frontal, tres empleados del hospital, con sus batas blancas, observaron nuestra llegada y nos saludaron. Mi ansiedad se alivió y un sentimiento de entusiasmo se apoderó de mí. Empezaba a felicitarme para mis adentros por un trabajo bien hecho, preguntándome si Julie estaría impresionada, cuando de repente me di cuenta, un poco tarde, de que la fiesta de bienvenida se estaba convirtiendo en señales urgentes de *stop* y las sonrisas en muecas. Mi corazón martilleaba con fuerza cuando pisé el freno y oí un crujido sobre mi cabeza. Frente a nosotros, nuestro co-

mité de bienvenida se estaba partiendo de risa; entonces me di cuenta de lo que había pasado. El hospital acababa de recibir otro golpe directo; esta vez por un pequeño y deteriorado camión de Escocia cuyo conductor *amateur* había juzgado mal la altura del dosel que sobresalía en la entrada, por lo que en lugar de aparcar debajo se había empotrado directamente contra él. Una rápida inspección reveló que se había desgarrado la esquina superior de la caja del camión, mientras que el daño producido al dosel del hospital apenas era insignificante comparado con el castigo que el resto del edificio había estado sufriendo. El mayor y más duradero daño lo había recibido mi propio ego.

Rápidamente descargamos el equipo y tomamos una apresurada taza de café con dos jóvenes médicos. Sugirieron que nos fuéramos de la ciudad antes de que empezaran los bombardeos y que los siguiéramos a un lugar más seguro para charlar. Cerca de Medjugorje, donde íbamos a pasar la noche, paramos junto a un hotel de carretera que había sido acribillado por armas de fuego y dañado por obuses.

Los médicos nos explicaron, mientras tomábamos café, que, debido a los grandes daños causados por los bombardeos en su hospital, solo la planta baja estaba operativa. El hacinamiento en el edificio se estaba volviendo insoportable y faltaban los más básicos suministros médicos. Estaban particularmente encantados con los dispositivos de fijación externa que les habíamos llevado, pues trataban a tantos pacientes con extremidades rotas que nos instaron a llevarles más suministros. Les explicamos que Julie me había acompañado porque era enfermera y estaba dispuesta a renunciar a su trabajo en Escocia para ayudar como voluntaria allí. Nos contestaron que tenían suficientes enfermeras, pero no bastantes equipos médicos. Sugirieron que quizá Julie podría unir-



se a mí en mis esfuerzos por recoger excedentes de equipos médicos en Escocia, porque ya se habían dado cuenta de que, además de no saber conducir bien un camión, tampoco tenía las nociones más elementales sobre los equipos médicos, por lo que alguien que los conociera debería involucrarse si yo quería ser de ayuda para ellos. Me sorprendió lo encantado que estaba ante la perspectiva de que Julie trabajara conmigo, pero solo balbuceé que lo pensaríamos. Julie dijo algo similar, por lo que decidí no crearme muchas expectativas. La conversación derivó inevitablemente de las cuestiones médicas a la situación de la guerra. Los médicos describieron cómo los chetniks de las montañas tomaban como blanco no solo el hospital, sino también las ambulancias. Varias habían sido destruidas cuando intentaban llevar pacientes al hospital. Para entonces ya habían sustituido sus cafés turcos por *slivovitz* (aguardiente de ciruelas local), por lo que empezaron a poner de manifiesto sus sentimientos sobre la guerra. Estaban tan llenos de odio hacia sus enemigos, los chetniks, que la conversación se enardeció. Ambos médicos, que nos habían estado hablando durante horas de sus necesidades para curar a las personas gravemente heridas, empezaron a describir las horribles cosas que harían a cualquier soldado chetnik que cayera en sus manos. Nos despedimos agarrando las listas de los artículos médicos más urgentes y prometiendo que volveríamos con más suministros lo antes posible.

Ese fue el quinto viaje que hice a Bosnia-Herzegovina en poco tiempo, y en cada uno de ellos me acompañó un familiar o un amigo diferente. Cada uno supuso un apresurado aprendizaje para un piscicultor de veinticinco años que nunca aspiró a ser un conductor de camión de larga distancia. Descubrí un mundo entero con su propia cultura, habitado por conductores de largas distancias, en el que no siempre eres bien recibido ni lo entiendes fácil-

mente. El idioma, por sí mismo, era un problema. Había nuevos términos técnicos que aprender, como *tacógrafo* (el aparato que registra las horas al volante o la velocidad) o *transitario* (los agentes que preparan los documentos aduaneros necesarios al cruzar la frontera). Y todo esto se hacía más difícil por nuestro desconocimiento de lenguas europeas y nuestro acento escocés. Robert Cassidy, un buen amigo de Glasgow, cuyo acento era incluso más cerrado que el mío de Argyll, vino de copiloto en uno de mis anteriores viajes. Conducíamos hacia Zagreb un camión de siete toneladas y media repleto de patatas escocesas recogidas a través de donaciones. Era a mediados de invierno y hacía un frío glacial. Por la noche dormíamos en la trasera del camión entre palés de patatas. Un día, cerca de la frontera austriaco-eslovena, al levantarnos descubrimos que nuestras garrafas de agua potable se habían congelado. El termómetro de la gasolinera marcaba seis grados bajo cero. Uno de los tecnicismos que íbamos a aprender en ese viaje era *plomo*. Se refiere al pequeño sello de plomo que los aduaneros colocan en la trasera del camión al entrar en su país para comprobar a la salida que no has abierto la caja y metido otros productos mientras transitas por su territorio. Pero nosotros desconocíamos el significado de este término cuando un inspector de aduanas nos soltó con creciente irritación su pregunta de una sola palabra: «¿Plomo?» Quería saber si nuestro camión estaba precintado. Tras contestar varias veces a su reiterada pregunta con una mirada interrogante, Robert finalmente replicó con su más fino acento de Glasgow: «Nada de ciruelas, solo patatas. Carga de patatas». Entonces fue el turno del inspector de aduanas, que nos respondió con una mirada perpleja. Ni siquiera sabía en qué idioma contestar.<sup>1</sup>

1. En inglés, *plomb* ('plomo') y *plum* ('ciruela') se pronuncian de forma muy parecida. [Nota del traductor.]

Para entonces algunos de los puentes de la principal ruta costera del Adriático habían sido volados por obuses, por lo que viajar por esa ruta requería coger un pequeño ferri a Pag (una extensa y estrecha isla paralela a la costa), recorrerla de punta a punta y tomar otro ferri de vuelta al sur del continente. En una ocasión Ken, mi cuñado y copiloto de otro viaje, y yo nos unimos a una cola de cientos de camiones a la espera de un pequeño e improvisado ferri, en una carretera que desde luego no había sido diseñada para vehículos pesados, cuando se desencadenó una violenta tormenta. Los ferris dejaron de navegar y, al igual que los otros conductores, nos encontramos atrapados en las cabinas mientras un gélido viento azotaba nuestro camión, sacudiéndolo con tal violencia que sentí como si fuera a derribarnos. No había forma de dar la vuelta en esa carretera tan estrecha, por lo que no nos quedaba más remedio que esperar a que pasara la tormenta. La única comida que teníamos era una caja grande de barritas de chocolate Twix, con las que nos alimentamos durante las siguientes cuarenta y ocho horas. Para hacer nuestras necesidades fisiológicas, en un par de ocasiones, tuvimos que luchar con la puerta, trepar fuera y encontrarnos resbalando en un arroyo congelado de orina de camioneros que venía desde lo alto de la colina hasta el pequeño embarcadero de la sinuosa carretera. Tomé nota mental de que en lo sucesivo había que llevar un *stock* de comida de emergencia más diverso y nutritivo o, por lo menos, más variedad de barritas de chocolate.

También aprendí en estos primeros viajes que las donaciones recibidas para ayudar y que transportábamos en la trasera del camión no siempre eran lo más importante que llevábamos a quienes precisaban desesperadamente de ayuda. Mi padre y yo ofrecimos en una ocasión nuestra ayuda a una pequeña institución de niños con necesidades especiales cerca del puerto de Zadar. Por

aquel entonces las tropas serbias estaban atacando esa parte de la costa croata, por lo que podíamos oír en la distancia el estruendo de los obuses al acercarnos al pequeño y desvencijado edificio. Nos encontramos con filas de niños confinados en sus cunas, vestidos con pijamas andrajosos, y con un personal aterrorizado tratando de atenderlos. No solo estaban agobiados porque ya ni siquiera disponían de artículos de primera necesidad para los niños, sino porque la guerra se estaba acercando y eran conscientes de que huir rápida y precipitadamente con ellos no sería posible. Mientras descargábamos nuestras cajas, el regocijo del personal pronto se evaporó cuando un obús explotó muy cerca del pueblo. Y después otro. Nos urgieron a descargar lo más rápido posible y a tomar la carretera del norte inmediatamente. Tan pronto saqué la última caja de la trasera del camión, me despedí, salté al asiento del conductor y puse el motor en marcha para partir. Pasaron unos segundos tras los que empecé a sentirme molesto porque papá todavía no había subido al camión. Cuando miré por el espejo retrovisor, le vi abrazando a la enfermera más afligida, a quien estaba dando palabras de ánimo y prometiendo sus oraciones. Solo entonces subió y salimos a toda velocidad. Cuando treinta años después escuché al papa Francisco usar por primera vez la expresión «pecado de eficiencia», me acordé inmediatamente de este incidente. El papa nos recordaba a quienes trabajamos con personas en situación de pobreza que la caridad real no solo consiste en bienes materiales o «proyectos» y su «eficiencia». También debería considerar el mirar a las personas a los ojos, pasar tiempo con ellas y reconocerlas como hermanos o hermanas. ¡Pero todavía hoy no estoy seguro de que el abrazo de papá tuviera que durar tanto!

En cada uno de esos viajes a través de Europa, y a medida que nos acercábamos a nuestro destino habitual,

Medjugorje, veríamos de forma constante todo tipo de vehículos dirigiéndose al mismo lugar de peregrinación de fama mundial. Reducidas caravanas de pequeños camiones como el nuestro, furgonetas solitarias o coches familiares tirando de sus remolques repletos de ropa, comida y medicinas, todos encaminándose hacia ese pequeño pueblo en las montañas de Bosnia-Herzegovina. Banderas, pegatinas o carteles caseros proclamaban su misión y su patria, y daban pistas de su destino. Mientras acariciábamos la oportunidad de volver a Medjugorje, dado que nuestras vidas habían cambiado allí hacía muchos años, empezamos a considerar si también deberíamos llevar nuestra ayuda a otros lugares que se nos hubieran pasado por alto, a los que estaba llegando menos ayuda, pero en los que estaban sufriendo un número incluso mayor de refugiados.

Uno de esos lugares era Zagreb, la capital de Croacia, a la que estaban llegando miles de personas desesperadas desde lugares en los que los serbios estaban haciendo «limpieza étnica». Llegados a este punto, casi un tercio de la Croacia recientemente independiente estaba bajo control serbio; la guerra hacía estragos a lo largo de la línea del frente de un país que luchaba desesperadamente por su existencia. Refugiados y gente desplazada, croatas y musulmanes tanto de Croacia como de Bosnia-Herzegovina estaban llegando a la ciudad tras haber perdido sus hogares, sus posesiones y, frecuentemente, sus familias. En Zagreb vivía un hombre notable, el doctor Marijo Živković. Un amigo común de Glasgow había sugerido que nos encontráramos. Nos había explicado que Marijo estaba haciendo un magnífico trabajo por los refugiados y por la gente pobre, y que era un reconocido portavoz católico que había sido perseguido por el régimen comunista por esta razón. Organizamos el encuentro en la oficina de una organización musulmana, llamada Merhamet, con la que

estábamos trabajando para distribuir ayuda médica. Esa misma mañana habíamos llegado con una máquina para anestesiarse que nos habían pedido con urgencia, por lo que habíamos pasado la mañana con un joven y apasionado doctor y sus colegas de Merhamet, aprendiendo más sobre su trabajo y sobre cómo podríamos ayudarlos más. Estábamos un poco nerviosos por la reunión con el doctor Marijo porque los croatas (principalmente católicos) y los musulmanes, quienes habían sido aliados hasta hacía muy poco en Bosnia-Herzegovina luchando contra su común enemigo, los serbios, estaban ahora en guerra entre sí. Un odio ardiente estaba enfureciendo a estos dos pueblos. ¡Qué estúpidos e irreflexivos habíamos sido por haber invitado a un famoso católico croata a reunirse con nosotros mientras estábamos con nuestros amigos musulmanes! Nos dimos cuenta de que nuestros anfitriones también estaban un poco nerviosos. Un incómodo silencio se había apoderado del caldeado ambiente cuando finalmente llegó Marijo. Alto y ancho de hombros, irrumpió en la reunión acunando una enorme pila de helados de chocolate.

—¡Tomad algunos, por favor! —nos dijo riendo mientras se acercaba a cada uno de nosotros y nos ofrecía las delicias como si fuera un viejo amigo de todos los que estábamos allí.

Finalmente, pudimos darnos la mano y presentarnos, y en medio de muchas risas Marijo nos explicó, en muy buen inglés, la historia de los helados.

—Veréis, una gran compañía italiana quería donar todo este helado. ¡Medio millón de helados! Contactaron con muchas grandes organizaciones de ayuda. Todas dijeron que era imposible aceptarlos, que se trataba de una idea ridícula y sin sentido enviar helados en mitad del verano a gente que no tenía manera de almacenarlos en congeladores. Finalmente, alguien les dijo que me llama-

ran y, cuando lo hicieron, ¡dije que sí, claro! ¿Quién podría decir que no a todo ese helado que daría una alegría a tanta gente? Por tanto, antes de que llegara, llamé por teléfono a muchos amigos para pedirles que estuvieran preparados para recibir grandes cantidades, dárselas a todos sus conocidos y a cualquiera con quien se encontraran, o para llevárselas a los niños a los colegios. Además, estoy seguro de que también son nutritivos... —Soltó una carcajada mientras se zampaba otro helado—. ¡Así que hoy, a lo largo y ancho de Zagreb, todo el mundo está comiendo helados gratis!

Rompió a reír de nuevo dando una palmada en la espalda de sus nuevos amigos musulmanes, quienes también estallaron en carcajadas. Esta fue la primera de las muchas lecciones que aprendí del doctor Marijo a lo largo de los siguientes años.

Tenía una fantástica comprensión del arte de dar y recibir regalos. A él nunca le gustó que se usara la palabra *ayuda*. Le gustaba hablar de *regalos*. Y en lugar de decir no a los regalos que se le ofrecían, siempre encontró formas ingeniosas para aceptarlos. Incluso consiguió mejorar el incidente de la distribución de los famosos helados antes de que terminara la guerra, cuando le preguntamos si podría aceptar cientos de toneladas de patatas de los granjeros escoceses. En esta ocasión resolvió todo el tema logístico, que parecía imposible para otros, simplemente descargándolas en una plaza pública y haciendo una inmensa montaña en el centro de la ciudad. ¡Se dirigió entonces a la radio pública e invitó a los habitantes de Zagreb a que vinieran a servirse! Los hambrientos habitantes de la capital respondieron rápidamente, por lo que hasta la última patata encontró un hogar en cuestión de horas.

El doctor Marijo, economista de formación, estuvo involucrado durante muchos años en la promoción de la en-

señanza católica sobre cuestiones familiares en el antiguo estado comunista de Yugoslavia. Empezó a ser invitado a dar sus charlas en diferentes partes del mundo y, con el tiempo, él y su mujer, Darka, fueron requeridos por el papa para ser miembros del Consejo Pontificio de la Familia. Las autoridades comunistas finalmente perdieron la paciencia y le retiraron el pasaporte para impedir que viajara.

Sin inmutarse, empezó a organizar conferencias internacionales en Zagreb, a las que invitaba a gente de todas partes, hasta que finalmente le devolvieron su pasaporte. Mientras tanto, él y su familia fundaron una organización llamada el Centro Familiar, para proveer con diferentes artículos —ropa para bebé, comida, pañales, cochecitos, etcétera— a mujeres embarazadas que vivían en la pobreza. La necesidad de productos básicos —y no solo para bebés— entre los refugiados que iban llegando y la población en general era enorme, por lo que el Centro Familiar dedicó su atención a recibir y distribuir bienes a los más necesitados. Tras haber establecido que el Centro Familiar asistiría a todas las personas, independientemente de su etnia o religión (de hecho, la mayoría de la ayuda se estaba dando a los musulmanes), empezamos a suministrar camiones enteros de regalos escoceses al viejo almacén ferroviario de Marijo. Fuimos conociendo mejor a Marijo, a su esposa Darka y a sus hijos en cada nueva visita, ya que frecuentemente dormíamos una noche en su hogar antes de empezar nuestro viaje de regreso a casa. Era un hombre formidable, con una gran pasión cuando hablaba en público. Nos regalaba constantemente palabras de sabiduría y filosofía. No era nada tímido para hablar de sus variados e impresionantes logros, aunque con frecuencia le escuchábamos decir:

—Mi mayor logro en la vida ha sido conocer a Darka y casarme con ella..., mi segundo gran logro son mis cinco hijos, y mi único pesar es no haber tenido más...



Hablaba acerca de su familia —su belleza e importancia— de manera profunda y sincera.

Mucha de la ayuda que distribuíamos con Marijo se entregaba en varios campos de refugiados improvisados, donde había sobre todo mujeres y niños. En las superpobladas filas de cabañas de madera, construidas originalmente como alojamiento para trabajadores emigrantes, vivía un grupo de mujeres y niños del pueblo de Kozarac, situado al norte de Bosnia-Herzegovina. A pesar de su trauma, o quizá precisamente por eso, algunas de ellas querían hablar de los horrores que habían soportado. Antes de la guerra, la abrumadora mayoría de su pueblo era musulmana. Durante algún tiempo esa zona había sido controlada por los serbios, razón por la cual los habitantes de Kozarac estaban entre los primeros que habían experimentado el horror de la limpieza étnica. Las mujeres nos explicaron cómo habían huido al bosque mientras los serbios bombardeaban su pueblo y, cuando los últimos combatientes musulmanes finalmente se rindieron, oyeron a los serbios anunciar con altavoces que aquellos que estaban ocultos entre los árboles debían rendirse y volver a la carretera, y que ninguno sufriría daño alguno. Salieron multitudes, ondeando improvisadas banderas blancas. En ese momento, cayó sobre ellos una lluvia de bombas que mataron y mutilaron a cientos de ellos. Cuando el bombardeo terminó, los soldados serbios alinearon a los supervivientes separando a los hombres en edad de combatir. A muchos de ellos, identificados como líderes o importantes miembros de su comunidad, les pegaron un tiro o los degollaron en la cuneta. Algunas de las mujeres que vivieron para contárnoslo habían visto con sus propios ojos cómo mataban a sus maridos, padres e hijos. Llevaron al resto de los hombres a campos de concentración recientemente construidos. Acurrucadas en sus atestadas cabañas, las mujeres nos contaban sus historias

convencidas de que nadie en el mundo exterior sabía o entendía lo que estaba pasando. Ellas insistían en compartir la comida que habíamos traído con nosotros y también nos preguntaban si sería posible reservar una cuarta parte de los regalos que habíamos llevado para pasarlos de contrabando a los refugiados que conocían, que todavía estaban en la clandestinidad en el norte de Bosnia-Herzegovina y que tenían más hambre incluso que ellas. Salía de esos encuentros con una mezcla de sentimientos. Cada una de esas historias de horror me hacía sentir más indignado y enojado con esos «bárbaros chetniks». Me resultó difícil permanecer imparcial en esa guerra de la que yo no formaba parte, o mentalizarme de que solo estaba escuchando a una de las partes de esta trágica historia. Muy a menudo también, me sentía profundamente conmovido por la bondad y fortaleza de espíritu que mostraban aquellos que me contaban sus historias, y me quedé preocupado por la cuestión del perdón como nunca antes lo había hecho. Si la ira y los prejuicios contra los serbios que estaban cometiendo estos crímenes empezaban a crecer en mí, ¿cómo podría yo, como cristiano, esperar que perdonaran aquellos que habían sufrido tanto? ¿Cómo era posible? ¿Cómo podría nacer de nuevo la paz allí?

Algunas veces conducíamos por el este de Zagreb, por pistas sin señalizar (la antigua autopista había sido destruida) hasta la ciudad de Slavonski Brod. Se encontraba a la orilla del río Sava, que separa Croacia de Bosnia-Herzegovina, y la estaban bombardeando desde lugares ocultos, más allá de las lentas aguas del río. Los puentes de las carreteras sobre el Sava yacían quebrados por la mitad y todos los edificios cercanos a su orilla tenían las puertas y ventanas selladas con tabloncillos de madera. Tras descargar cuidadosamente nuestra comida para una larga fila de personas que hacían cola en la parte trasera del

camión con una bolsa de plástico en la mano (a modo de autoimpuesta y práctica manera de racionar su parte), nos ofrecieron alojamiento en una pequeña casa situada en una colina sobre la ciudad, y que en ese momento estaba ocupada por una pareja de ancianos refugiados del norte de Bosnia-Herzegovina. Tomamos nuestra cena en un incómodo silencio, ya que todos los intentos para comunicarnos habían terminado en fracaso (su inglés era incluso peor que nuestro serbocroata). Pero después nuestro anfitrión, Mladen, y yo nos sentamos afuera a beber *slivovitz* y, tras unos cuantos vasos, de alguna manera, empezamos a entendernos un poco. Me explicó que su casa estaba situada en la llanura que podíamos ver en la distancia al otro lado del río. Ahora estaría ocupada por los serbios. Él había tenido un poco de tierra y algunos ciruelos; de hecho, el *slivovitz* que estábamos bebiendo era de sus frutos. Antes de que huyeran, cuando ya habían empaquetado todas las pertenencias que podían cargar (incluyendo el *slivovitz*), tomó su hacha y taló sus preciosos ciruelos. Algunos serbios podrían estar ahora viviendo en su casa, pero no estarían disfrutando de sus ciruelas. En ese punto soltó una amarga carcajada tratando de convencerme a mí, y tal vez a él mismo también, de que resultaba una historia divertida y no una historia cargada de odio.

Empecé a rechazar las expresiones *refugiados* o *personas desplazadas*. Por supuesto que son necesarias, son formas útiles y precisas para describir a personas que han huido de sus hogares. Pero me di cuenta de que esos conceptos, hasta que conocí a las personas reales a quienes se categoriza de esa manera —y llegué a conocerlas en profundidad—, habían comenzado a representar inexactos estereotipos en mi mente. En otro campo de Zagreb, durante una conversación con un simpático y expresivo hombre de mediana edad y ojos brillantes, me

enteré de que este había sido anteriormente el director ejecutivo de una empresa de transporte con una gran flota de camiones. El hecho de que en ese momento concreto yo fuera el único que estaba conduciendo un camión y llevándole ayuda, aunque mi educación fuera mucho más pobre, mi experiencia de la vida mucho menor y tuviera mucha menos idea de cómo organizar el transporte de mercancías en camión, no me daba, sin duda, razón alguna para sentirme superior a él. Aunque me parecía difícil admitirlo, me sorprendí a mí mismo empezando a sentirme de esa manera: yo, el dador; este extraño, el receptor. Yo, con el poder; él, sin ninguno. Empecé a darme cuenta de que este tipo de trabajo era muy peligroso.

Entretanto, Marijo había encontrado una nueva manera de distribuir nuestra ropa entre los que más la necesitaban. Se había dado cuenta de que, para muchos, depender de la beneficencia era el mayor de los sufrimientos. Con el fin de respetar su dignidad, se hizo cargo de una sala o espacio grande en el que distribuía la ropa en largas filas de mesas. Entonces invitó a la gente a que viniera a elegir lo que quisiera «para llevárselo a alguien que lo necesitara». De este modo encontró una forma de que la gente viniera a seleccionar la ropa que quería y necesitaba sin sufrir humillación pública.

Y así continuó, camión tras camión, llenos con crecientes donaciones de Escocia. Julie, para mi deleite, había decidido continuar colaborando y era mi copiloto en la mayoría de los viajes. Como el volumen de la ayuda no hacía más que crecer, nos quedó muy claro que un pequeño camión no era la forma más rentable para transportar enormes cantidades de mercancías a largas distancias. Necesitábamos algo mayor. Para ser capaces de conducir esos grandes camiones tendríamos que sacarnos el carné de conducir de vehículos pesados, y así, du-

rante noviembre de 1993, nos alojamos con la familia de Julie en Inverness (quienes habían estado entre los mayores partidarios de nuestro trabajo antes incluso de que yo conociera a Julie) y empezamos a recibir las clases necesarias. Para mi sorpresa, después de un par de sesiones juntos, se hizo bastante evidente que Julie era mucho mejor que yo conduciendo un camión articulado. De hecho, después de la primera práctica con Julie al volante, el instructor le preguntó en tono incrédulo:

—¡Me estás tomando el pelo! ¿No es así? ¡No eres una principiante! Has conducido estos trastos antes, ¿no es cierto?

Mi corazón se encogió un poco cuando me subí al asiento del conductor para mi turno.

—Es posible que tú necesites un poco más de esfuerzo —afirmó con mucho tacto al final de mi clase—. Especialmente en las rotondas.

Fue muy amable por su parte, dadas las enérgicas maniobras que al menos un conductor había tenido que hacer para evitar ser aplastado por mi remolque. Yo no había entendido bien todo lo que requiere conducir un vehículo de dieciséis metros que se dobla cuando haces un giro. Tras sus amables palabras, se me hizo un pequeño nudo de miedo en el estómago que durante las siguientes dos semanas se convirtió en algo más cercano al pánico. No era tanto la idea de aplastar a algún conductor en una rotonda, ni de destrozar una gasolinera con un solo giro torpe de mi enorme cola lo que me producía ansiedad. Era, más bien, la perspectiva de tener que decirles a mis amigos en Dalmally que Julie había aprobado el examen y yo no. Esto les daría munición para muchas bromas a mi costa durante años.

De hecho así ha sido, porque finalmente Julie aprobó sin problemas todos sus exámenes mientras que yo suspendí (sí, mi remolque cambió de carril en la rotonda). La

excusa de que yo había empezado en desventaja, pues había aprobado mi examen de conducir en un viejo Land Rover en el pueblo vecino de Inveraray —un lugar totalmente desprovisto de rotondas— no coló con ninguno de ellos. Para mi alivio, aprobé a la segunda y, en poco tiempo, compramos un enorme camión articulado de cuarenta y cuatro toneladas. Julie tenía la costumbre de bautizar todos nuestros camiones y, por alguna razón que nunca he entendido, a este lo llamó María, el nombre más inverosímil que podía haber imaginado para esa bestia gigantesca. Estábamos encantados de ver toda la ayuda que podíamos transportar en el interior de ese camión, más aún cuando de forma imprevista nos llegó una gran ola de donaciones como nunca antes había sucedido.

Durante varios meses estuvimos siguiendo de cerca los perturbadores acontecimientos de Srebrenica, otra ciudad musulmana de Bosnia-Herzegovina situada en una zona controlada por los serbios, que ahora estaba rodeada por las fuerzas enemigas y fuertemente custodiada. Al igual que muchos otros pueblos en situaciones similares, había sido declarada «refugio seguro» por la ONU, que había garantizado la seguridad de todos los que buscaran refugio allí. En julio de 1995 más de 30.000 musulmanes fueron hacinados en lo que anteriormente había sido un diminuto pueblo de un pequeño y escarpado valle. Todos los edificios estaban llenos de gente y miles de personas dormían a la intemperie. A medida que los meses pasaban, muchos comenzaron a morir de hambre, mientras que muchos más murieron por los obuses disparados desde las montañas que rodean la ciudad. Finalmente, mientras que nosotros y miles de personas en el mundo observábamos la situación con incredulidad y horror, los soldados serbios invadieron la ciudad. Los cuatrocientos soldados holandeses de la ONU se rindieron sin disparar un solo tiro. Los serbios procedieron a

seleccionar a todos los hombres musulmanes en edad de combatir, los llevaron a una fábrica abandonada y asesinaron a más de 8.000 en dos días. Dejaron que la mayoría de las mujeres (después de que muchas de ellas fueran violadas) y los niños huyeran a través de los bosques. La mayoría de ellos se dirigieron a Tuzla, la ciudad cercana más grande, en la que a toda prisa se levantó un improvisado campamento de tiendas de campaña en una vieja pista aérea. Todo esto ocurría ante los ojos del mundo. Nos manteníamos al día de lo que sucedía gracias a boletines regulares. Además de la rabia que sentí hacia los serbios, experimenté un gran resentimiento hacia la ONU y nuestro propio gobierno, quienes simplemente habían dejado que sucediera esta atrocidad planificada en un lugar al que tuvieron la osadía de llamar «un refugio seguro». Me sentí avergonzado.

Inmediatamente después de esta tragedia, las donaciones empezaron a llegar más rápido que nunca, tanto desde indignadas empresas públicas como desde compañías alimenticias que nos ofrecieron cargamentos de harina, azúcar, alimentos enlatados y mucho más. Así, con una enorme y preciada carga, nos pusimos en marcha con nuestro nuevo camión articulado, decididos a llevar esta ayuda a las mujeres y los niños recién llegados a Tuzla. Era una tarea complicada porque la única manera de llegar a esa ciudad era cruzando el centro de Bosnia-Herzegovina, donde la guerra todavía continuaba. Sabíamos que nuestro enorme camión no estaba diseñado para las pistas de montaña que teníamos que cruzar, así que acordamos colaborar con otra organización caritativa del Reino Unido que utilizaba pequeños camiones para llevar ayuda a Bosnia-Herzegovina.

Nos reunimos con ellos en la ciudad croata de Split y, en un complejo industrial, trasladamos nuestra carga a sus cinco camiones, bajo un sol abrasador. Tras darnos

un obligado chapuzón en el Adriático, nos dirigimos al norte; ahora Julie y yo éramos conductores de camiones más pequeños junto a nuestros nuevos colegas. El segundo día de camino dejamos atrás el asfalto para entrar en caminos de tierra, mucho más seguros, a través de los bosques. Aquí me sentía como en casa porque estas pistas eran muy similares a las carreteras de Escocia en las que había aprendido a conducir de adolescente. El paisaje circundante también resultaba familiar, aunque las montañas eran un poco más altas y espectaculares que las de Argyll. Pero pronto me di cuenta de que estos camiones, a diferencia de los Land Rover y las camionetas a los que estaba acostumbrado, no tenían tracción a las cuatro ruedas y por lo tanto no habían sido diseñados para ese terreno. La carretera se tornó más rugosa y pronunciada. Las ruedas empezaron a patinar y yo empecé a preocuparme, no solo porque los vehículos que nosotros mismos habíamos encontrado resultaban inapropiados, sino por darme cuenta de que entre el nuevo equipo del que ahora formábamos parte algunos parecían más interesados en la búsqueda de emociones que en la entrega segura de las donaciones. Al norte de la ciudad de Mostar habíamos visto y oído en la distancia cómo explotaban los proyectiles. Me quedé horrorizado cuando escuché a uno de nuestros copilotos sugerir que tomáramos una ruta más cercana al humo que seguía subiendo «para ver qué estaba pasando». Me pareció como si alguno de ellos quisiera jugar a ser soldado. Cuando paramos en una base de la ONU para obtener asesoramiento sobre la ruta más segura que debíamos tomar, alguno de nuestros copilotos convenció a los soldados para que les dejaran sus ametralladoras para posar y sacarse una foto.

Empecé a entender, por primera vez, por qué las grandes agencias de ayuda solían calificar los pequeños es-



fuerzos de caridad como *amateurs* y peligrosos. Cuando nos instalamos para dormir a la intemperie, al lado de la fila de camiones aparcados, Julie y yo expusimos nuestras dudas acerca de seguir trabajando con esta gente, pero nos dimos cuenta de que en ese momento, después de haber alcanzado una parte del centro de Bosnia-Herzegovina, desconocida para ambos, no teníamos más remedio que seguir con ellos hacia Tuzla. Además, teníamos que confirmarles a todos los donantes en casa que sus aportaciones habían llegado de forma segura. Me metí en el saco de dormir de mal humor. Nuestros compañeros ni siquiera habían traído provisiones decentes para nosotros; irme a dormir con el estómago vacío siempre hace que me compadezca de mí mismo. Durante la noche nos despertamos rodeados de perros salvajes corriendo sobre nosotros. Es una sensación de lo más extraña. Se escabullían sobre nuestros sacos de dormir, aparentemente desinteresados en nosotros, hasta desaparecer en la oscuridad de la noche. Me pregunté qué les había pasado a sus dueños, de dónde venían y hacia dónde iban. Al día siguiente las carreteras estaban peor. Los camiones más fuertes remolcaban a los otros por las empinadas cuestas, por lo que el avance se hizo penosamente lento. Por nuestra propia seguridad teníamos que llegar a Tuzla antes del anochecer, pero cada vez se hacía más improbable. A medida que transcurría la tarde, el número de paradas para reparar los pinchazos fue aumentando. Me empezó a preocupar que alguno de los camiones se rompiera sin posibilidad de reparación. Cuando la luz se desvaneció, la negrura infinita del bosque a cada lado del camino empezó a parecer un poco siniestra. En el momento en que la situación se había tornado más sombría apareció un convoy de enormes camiones todoterreno noruegos detrás de nosotros. Sus conductores —civiles trabajando junto a las tropas de

Naciones Unidas—, al ver nuestra situación, se detuvieron para preguntarnos si necesitábamos ayuda. Eran tan amables que no se rieron de nosotros y nos dijeron que nos acompañarían a su base en Tuzla, remolcándonos cuando fuera necesario. Con nuestros inesperados ángeles de la guarda tirando de nosotros empezamos a progresar de forma constante. Finalmente llegamos a la base de la ONU a las tres de la mañana, y caímos extenuados en un profundo sueño, pero no antes de que Julie tuviera la oportunidad de decirme que había conducido uno de los enormes todoterrenos en la última etapa de nuestra jornada nocturna. Me lo contó como si se hubiera hecho realidad una de las mayores ambiciones de su vida. Empecé a pensar que quizá Julie fuera un poco rara.

Al día siguiente llegamos a Tuzla. Nos recibió su alcalde, agradecido, que mostraba un aspecto muy cansado. Descargamos nuestra preciada carga —miles de cajas de alimentos, jabón, pañales— en un improvisado y pequeño almacén desde el que distribuirla a los refugiados de la pista aérea cercana. Más tarde fuimos al enorme campamento, ahora el hogar de 30.000 personas. Anduvimos por un camino entre las tiendas. Una chica estaba tratando de lavarse el pelo en un cubo, mientras que allí cerca una anciana con un pañuelo en la cabeza luchaba por hacer fuego con una pequeña pila de cartones. En otra tienda los médicos examinaban a niños severamente desnutridos con los rostros inexpresivos y demacrados. Caí en la cuenta de que solo habían pasado diez días desde la caída de Srebrenica. Diez días desde que las mujeres y los niños, sentados fuera de sus tiendas de campaña, desmejorados y quemados por el sol, habían sido testigos del asesinato a sangre fría de sus maridos, padres e hijos, así como de muchos otros horrores. Diez días en los que habían caminado aterrorizados a través del bosque. En una de esas travesías, una chica de veinte años llamada

Ferida Osmanovic se había colgado de un árbol con su bufanda. Y mientras ellos habían padecido estas cosas, yo había estado quejándome de la falta de sueño y de la mala comida.

Nuestros recientes compañeros de viaje hicieron el viaje de regreso a Split por los mismos caminos por los que habíamos venido, pero Julie y yo decidimos probar suerte con un helicóptero militar del que nos habían informado los noruegos. Nos dijeron que nos reuniésemos con ellos en la cercana pista de aterrizaje para esperar su llegada. El primer día no apareció. Los soldados que esperaban con nosotros nos explicaron que se debía a que no habían sido capaces de encontrar pilotos sobrios. Pensé que estaban bromeando, pero al día siguiente, cuando el enorme helicóptero tomó tierra, pude ver que los tripulantes ucranianos que bajaron de él para descargar estaban borrachos. Nuestros amigos noruegos nos habían advertido de que nadie podría entrar en esos helicópteros a no ser que llevara un chaleco antibalas. Nosotros no teníamos, y cuando le contamos la situación a un observador de la ONU, también a la espera de regresar a Split, este nos prestó unas sacas de correo azules, que eran del mismo color y forma que los chalecos antibalas estándar.

—Simplemente agárrenlos al embarcar y la tripulación nunca se dará cuenta —nos aconsejó.

Estaba en lo cierto. Mientras subíamos al vacío cavernoso del helicóptero, la tripulación nos miraba fijamente con ojos acuosos y estúpidas muecas de borrachos, y me di cuenta de que podríamos haber llevado cualquier cosa, o ninguna: les habría dado igual. La bestia nos tragó como la ballena de Jonás y despegó. Empezamos a rebotar dentro del enorme barril de metal, ya que los pilotos utilizaban «tácticas de vuelo», lo cual significa volar terriblemente bajo, abrazando las laderas y oscilando de

un lado al otro del valle. Es de suponer que era necesario para reducir el riesgo de ser derribados, pero yo me preguntaba si no era simplemente la forma de pilotar de un borracho. Deseé, para mis adentros, haber regresado por las pistas forestales. Pero finalmente aterrizamos sanos y salvos en Split y nuestro enorme camión, María, nos esperaba fielmente para llevarnos a casa. Le habríamos dado un abrazo si nuestras extremidades hubieran sido suficientemente largas.